

HOMENAJE

A Domingo Miliani

DOMINGO MILIANI

Víctor Bravo

Universidad de Los Andes
Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres»

Mi primer contacto con Domingo Miliani fue a través de sus libros: su visión de la vida mexicana de la revolución (*La realidad mexicana en su novela de hoy* (1968)), su lectura de la cuentística de Uslar Pietri (*Uslar Pietri, renovador del cuento venezolano* (1969)) y sus múltiples estudios sobre literatura latinoamericana acompañaron mis años de formación universitaria.

Lo vi por primera vez en la vieja casa del Celarg, en Caracas; Habíamos viajado, un amigo de estudios y yo, por primera vez a Caracas, en búsqueda de libros, espectáculos, contacto con escritores. De ese viaje, recuerdo la ciudad como un hervidero de estallidos y luces, como una continuidad de asombros, y la conferencia de Domingo Miliani, que se extendía ante mí como un prodigio, a la vez, de erudición y conversación. Tenía frente a mí a un hombre sabio que en vez de perderse entre conceptos y categorizaciones, revelaba los secretos de la literatura y el arte refiriéndolos a la vez a la más profunda erudición y a la más inmediata cotidianidad.

Esa enseñanza que fue para mí el encuentro con Domingo Miliani se extendió y profundizó luego en los dones generosos de su amistad, de su disposición al diálogo, de ese imaginario de transparencias y resonancias que él transmitía en cada palabra dada. En los años siguientes lo escuché en varias universidades, aprendí el camino hacia su hacienda en Boconó donde igual conducía un tractor o leía un poema o detenía la tarde en una

conversación de maestro con sus alumnos. Porque Domingo fue poeta, narrador, ensayista, estudioso sin par de la cultura y literatura venezolana y latinoamericana, pero, como confluencia y síntesis de todo esto, Domingo fue siempre un gran maestro, ése que hacía brotar la apetencia de saber y de preguntas del pecho de sus escuchas.

Sus libros son referencia en la formación de la gente de mi generación. El libro sobre la cultura y la novela mexicana lo recordamos como tributo de Venezuela a aquel país, tan lleno de densidades y enigmas. El libro sobre Uslar es ensayo sobre el destino literario de un hombre fundamental de nuestras letras, sobre el género cuento, y sobre una cuentística en particular. Y es pregunta y reflexión sobre la cultura del país. Su libro *Tríptico venezolano* (1985), se constituye en momento de reflexión sobre la cultura venezolana: registro de la narrativa, del pensamiento y de la crítica de nuestro país, del siglo XIX a nuestros días, a la vez exposición pedagógica sobre la expresión de una cultura, y voluntad de estilo, en el logro de una densidad que hace de Miliani uno de los ensayistas fundamentales del siglo XX.

Su libro de cuentos, *Recuentos* (1968), anuncia tempranamente a un narrador –y a un poeta– que intenta manifestarse en un horizonte donde la ensayística del autor parece copar todos los espacios. A su muerte, Miliani deja inéditos relatos, por lo menos una novela, y varios poemarios que, en la oportunidad de su publicación, subrayarán la profunda vocación de escritura de este hombre de letras.

Trabajos suyos sobre la literatura prehispánica, la Colonia, sobre poesía y novela contemporáneas, sobre historiografía y filosofía latinoamericanas, se publican por décadas en revistas especializadas, en español y otros idiomas, en Venezuela, Latinoamérica y en otras partes del mundo. En vida de Domingo Miliani, investigadores cercanos a su obra empezaron la extensa tarea de recoger esos importantes estudios y darle forma de libros. De este modo se han publicado, *País de lotófagos, ensayos*, (1992) y *Entre la historia y la intemperie* (1997). Actualmente dos libros del autor se encuentran en proceso de edición.

Domingo Miliani era fundamentalmente un maestro, y no sólo en su sabio e intuitivo decir, sino también, en lo que aparece raramente, en la prodigiosa escucha y reconocimiento del decir de los demás, que viajábamos con entusiasmo hacia su estar para escucharlo y escucharnos

cuando él nos escuchaba. Caracas, Boconó, Mérida, fueron reiterados sitios de encuentro y de serpenteantes diálogos. En el bolsón de regreso siempre llevábamos, como agua en el desierto, frases luminosas, intuiciones reveladoras, estremecimientos compartidos, que el maestro nos regalaba con bondad y transparencia.

Un día, en Boconó le dijimos que tenía la mejor madera de novelista pues frente a nuestros ojos condujo en dura faena un tractor de belfos iracundos, y después trabó negociación con una comisión de campesinos sobre el precio del café y el cuidado de los manantiales, para, finalmente, al lado del tractor ya adormecido, hacer para nosotros un almuerzo en pleno campo mientras nos hablaba de Heidegger y de Gadamer. Ese hombre que a la vez se mimetizaba con los campesinos o que cerraba maletas para dar conferencias en lejanos escenarios académicos del mundo, nos enseñaba ese día en Boconó la vitalidad de una vida asumida a plenitud y en una práctica de permanente solidaridad con los otros.

Su época de México, donde hizo un doctorado y logró para siempre las amistades de Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Carlos Monsivais, Augusto Monterroso, Sergio Pitol, entre muchos otros, fue época de sumergimiento en la complejidad y el enigma de esa cultura y, con ella, de la cultura latinoamericana. Su amistad con Juan Rulfo fue uno de sus bienes más preciados. Mucho secretos de Pedro Páramo y de *El llano en llamas* nos reveló Domingo como quien abriera un baúl de tesoros, en inolvidables clases, y es posible recordar aquí una anécdota (no comprobada) que alguien nos contó: una periodista venezolana entrevistó a Rulfo en Madrid (meses antes de su muerte) y le preguntó si conocía a algún escritor venezolano. Rulfo respondió: si, conozco a Domingo Miliani, él es tan talentoso y escribiría más pero se casa mucho". Sin duda que Rulfo respondía teniendo como trasfondo la brevedad prodigiosa de su propia escritura.

Si entre sus muchas bondades tuviese que destacar una, elegiría la de la generosidad. Si algo nos enseñó Miliani fue la belleza del dar, de reconocer la posible grandeza del otro, y si nos señaló algo con horror fue la mezquindad. La muerte, que no se negocia, que es insobornable, nos decía, le arrebató el sentido a toda actitud mezquina. No hay ser más triste y más desolado, que el hombre mezquino.

Regresábamos de Boconó atravesados por los hilos finísimos de una enseñanza sabia y transparente.

En el latido de su ausencia, desde el Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Picón Febres”, fundado por su fervorosa pasión constructiva, evocamos su presencia